

Sermón de las Siete Palabras



Excmo. y Rvdmo. Sr. D **Manuel Sánchez Monge**,
Obispo de Santander

Valladolid, **Viernes Santo** de **2018**

 **Cofradía de las Siete Palabras**



¡Oh Señor, que has partido en la mañana
entre cientos de hermanos que creyeron!
son vallisoletanos que sí oyeron
el calor de tu voz en sus ventanas.

¡Oh Señor, que nos has dado esperanza!
a ti la luz de aquellos que se fueron,
la gratitud de quienes ya volvieron
para colgar su nido en tu terraza.

¡Cofrades, Cristianos, es Viernes Santo!
cese el viento en su invernial plegaria,
por este honor nos gana el Sacramento

de aquél que nos amara en la palabra,
viniera a recogernos en lamento
salváranos al fin, de madrugada.

Con Licencia del Rbdmo. Prelado, hago saber:

Que al mediodía de hoy, Viernes de la Cruz, ante todas las autoridades locales,
Cofradías Penitenciales y pueblo fiel, congregados en la Plaza Mayor,
expondrá las Siete Palabras que Cristo nuestro bien dijo desde la Cruz,
el Excmo. y Rbdmo. Sr. D. Manuel Sánchez Monge, Obispo de Santander.

Sermón de las Siete Palabras

Excmo. y Rvdmo. Sr. D Manuel Sánchez Alonge,
Obispo de Santander

Valladolid, Viernes Santo de 2018

Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Valladolid, querido hermano y amigo Don Ricardo, querido Obispo D. Luis, también hermano y amigo. Querido párroco de la Unidad Pastoral de Santiago y El Salvador, Excelentísimo Señor Alcalde de Valladolid y demás Autoridades. Queridos cofrades de la Semana Santa, queridos vallisoletanos y cuantos seguís esta predicación a través de los medios de comunicación social.

Me siento muy agradecido a la invitación que me ha hecho la Hermandad de las Siete Palabras para predicar este Sermón pero no puedo ocultar mi preocupación al pensar que ocuparon esta cátedra personas tan queridas y entrañables para mí como D. Marcelo, el que fuera cardenal arzobispo de Toledo, tan vinculado a mi pueblo natal, Fuentes de Nava en la provincia de Palencia, D. Ricardo, durante tres años mi obispo en la diócesis palentina y el sacerdote, periodista y poeta, José Luis Martín Descalzo, magnífico y entrañable comunicador de las verdades de nuestra fe envueltas en el más bello ropaje literario.

Me impresiona profundamente la Plaza Mayor de Valladolid convertida en una gran manifestación de fe. Sí, la Semana Santa vallisoletana forma parte de mis más entrañables recuerdos, aún no borrados del todo. Era un muchacho todavía cuando lleno de admiración contemplaba el desfile de los capuchones y de los pasos sobre todo en la larga procesión general del Viernes Santo. Con mis padres y mis hermanas vine a vivir en Valladolid a los once años justamente.

Hoy es Viernes Santo y en esta mañana nos trasladamos mentalmente al Monte Calvario para escuchar y meditar las Siete Palabras que Cristo pronunció en la cruz. Contemplemos su cuerpo que ha sufrido una atroz flagelación. Tiene la cabeza coronada de espinas y le han clavado en la cruz sin miramiento alguno. Desde la altura de la cruz, su cátedra en este momento, Jesús nos dirá palabras solemnes El que es la Palabra hecha carne.

“Tendría que ahorrar palabras –escribía Martín Descalzo en su ‘Vida y Misterio de Jesús de Nazaret’– porque ya no le quedaba mucho aliento, pero las que dijera tendrían que ser verdaderamente palabras sustanciales, su testamento para la

humanidad, palabras como carbones encendidos que no pudieran apagarse jamás y en las que permaneciera no sólo su pensamiento, sino su alma entera, el sentido de cuanto era y de cuanto había venido a hacer en este mundo, el último y el mejor tesoro de su vida. Y de su muerte”.

Estas son, queridos hermanos y hermanas, las siete palabras de Cristo en la Cruz. No las oigamos como un testimonio histórico, sino como palabras dichas pensando también en nosotros, en cada uno de nosotros, ya que para salvarnos a todos sin excepción, el Señor entregó su vida. Somos invitados a revivir en nosotros los mismos sentimientos de Cristo en la hora de la máxima verdad. Cuando ya no hay tiempo para las apariencias e hipocresías, cuando ya no importa la gente ni la imagen ni el quedar bien ni el qué dirán. Esta es la hora última de Cristo, del sufrimiento y del amor extremos, cuando se hizo tiniebla incluso en el corazón mismo del mediodía. Era la hora sexta.

PRIMERA PALABRA

“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc. 23, 34)

Son las primeras palabras de Jesús desde la cruz. Son palabras de perdón. No de venganza ni de odio ni de rencor. El perdón no intenta justificar el mal precisamente porque asume con dolor la ofensa recibida o cometida. Al contrario, como don del Espíritu Santo que es, el perdón regenera el amor humano, dándole de nuevo la energía para construir una comunión de personas. San Juan de la Cruz exhortaba: “Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor”. Jesús no pide a Dios, juez supremo, que haga justicia ante la injusta muerte de un inocente como es El. Clavado en la cruz se dirige a Dios su Padre para pedirle que otorgue su perdón a quienes le han crucificado.

“No saben lo que hacen”, es la benigna excusa que brota de los labios de Jesús. Quizá no sabían lo que hacían los soldados romanos simples ejecutores materiales del más horrendo crimen de la historia de la humanidad.

Quizá Anás y Caifás, y con ellos los sacerdotes y escribas, eran incapaces de comprender la magnitud del homicidio que estaban cometiendo.

Quizá el gobernador Poncio Pilato, víctima de sus miedos y de su cobardía, pensó que había tomado la decisión “políticamente correcta”, aunque estuviese convencido de la inocencia del Nazareno.

Quizá Judas podía justificar su traición por la decepción que habían sufrido sus ansias de liderar una revuelta contra los invasores romanos.

Quizá en aquella multitud vociferante y blasfema no había más que deseos de divertirse con la desgracia ajena y de matar la tarde con un espectáculo que no se veía todos los días.

Quizá, quizá, quizá...

Pero Jesús se deshace de todos esos ‘quizás’ y pide al Padre que perdone a todos sin excepción. Para eso vino al mundo, para perdonar y ese quiere que sea su testamento.

El perdón de Jesús es ilimitado y recorre todos los tiempos hasta llegar a nuestros días. Porque perdonar es amar intensamente. Y el amor se prueba en la fidelidad, y se completa en el perdón.

Perdonar exige, en verdad, un corazón misericordioso y generoso. Jesucristo perdona nuestros muchos y graves pecados porque también los hombres y mujeres de hoy no sabemos lo que hacemos.

No, no saben lo que hacen esos científicos que juegan con la vida humana como si fuera un producto que se puede manipular, transformar, vender o alquilar; esos sabios que en sus laboratorios ya pueden clonar al ser humano privándole de su verdadera naturaleza de hombre libre y de criatura nacida del amor entre un hombre y una mujer.

No, no saben seguramente lo que hacen los que trafican con los seres humanos, incluso con los niños; los que les arrojan en miserables pateras al mar, expuestos a todos los peligros con la única esperanza de dejar atrás un pasado de hambre, de violencia y de muerte; muchos de ellos, demasiados, acabarán en el fondo del mar, convertido así en el más cruel de todos los cementerios.

No, Señor Jesús, no saben lo que hacen esos políticos corruptos que anteponen su codicia a la búsqueda del bien común; los que halagan los más bajos instintos con la demagogia y el populismo olvidándose de que la verdad no puede ser ni tergiversada ni camuflada; los que sólo buscan el poder para servirse de él y no para servir al pueblo del que provienen.

No saben tampoco lo que hacen quienes explotan la tierra como si fuera su propiedad y no un don que hemos recibido en préstamo para transmitírselo mejorado a las futuras generaciones.

No saben tampoco, por desgracia, lo que hacen esos jóvenes desesperanzados que se refugian cobardemente en las redes del alcohol o de las drogas que matan; jóvenes que han perdido la brújula de su existencia y desconfían de un amor que nunca han conocido y por eso no lo valoran.

Pero Jesús perdona porque el perdón es la quintaesencia de su Evangelio. Un perdón que mana de la cruz como esa sangre que resbala por el cuerpo del crucificado y empapa este nuestro querido y terrible mundo. “Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo –dice el Evangelio de S. Juan– para condenar al mundo sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,17).

Oración:

Señor Jesús, ¿por qué nos cuesta tanto perdonar? Desde la cruz hablas de perdón a una cultura que busca la prepotencia, la competitividad y el ser los primeros. Desde la cruz das ejemplo de perdón a familias marcadas por la división y la ruptura; desde la cruz perdonas a quien se burla, desprecia y tortura. Nuestra sociedad no entiende de perdón; cree que es signo de debilidad; de humillación en la que se pierde la razón. Y sin embargo, al contemplarte en la cruz, comprendemos que quien mira al Crucificado es libre; quien mira al Crucificado no tiene miedo; quien mira al Crucificado perdona.

SEGUNDA PALABRA

“Y Jesús le dijo (al Buen Ladrón): en verdad te digo hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43)

“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Palabra sublime, clave de nuestra esperanza. Cristo en medio de dos malhechores. Sobre su cabeza, Pilatos ha colocado una inscripción en las tres grandes lenguas de entonces que le proclama “rey”: “Jesús nazareno rey de los judíos”. Sí, la cruz es su trono y desde él domina como verdadero rey pero de una manera que ni el gobernador romano ni los miembros del Sanedrín hubieran podido nunca entender. Tampoco ellos, Dimas y Gestas, alcanzaban a comprender el significado de esa inscripción. ¿Era una ironía, una farsa, una última broma macabra?

Las reacciones de uno y otro de los malhechores son completamente opuestas: el mal ladrón se desespera al ver definitivamente derrumbadas sus ambiciones, no acepta verse condenado a morir en un suplicio infame, insulta, provoca y blasfema. Jesús calla y no le responde.

El buen ladrón, por el contrario, es consciente de sus culpas, considera la muerte que le espera, como un justo castigo por sus fechorías y entonces, movido por una fuerza que ni él mismo sabe definir, pronuncia con sus labios esta bellísima oración: “Jesús –le dice al Señor llamándole por su nombre–, acuérdate de mí cuando vayas a tu reino”.

La respuesta del crucificado es inmediata y no deja lugar a dudas: “En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Sorprende la contundencia de la respuesta: «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso». Es evidente la inminencia de su muerte. El hoy expresa la inmediatez y la gratuidad de la salvación. Hoy, en tu último instante, hermano ladrón, te llega la salvación. No importa el momento, estarás conmigo. Eso es el paraíso: estar con Dios, estar en Jesús. A veces, el término paraíso nos suena a felicidad perdida y añorada, a promesas ofrecidas por ideologías de todo tipo, que siempre fracasaron. No, hermanos, Jesús no promete un paraíso virtual, promete el paraíso a quien pasa por la cruz, a quien asume con fe y humildad la fragilidad de la vida y la verdad de la propia existencia. Por eso, la cruz, instrumento de tortura y lugar de sufrimiento, es puerta del paraíso y promesa de salvación. La respuesta de Jesús al buen ladrón es aliento de vida en el momento último de la muerte. Es vida prometida al pecador arrepentido. Como nos ha recordado el Papa Francisco, nos cuesta aceptar la “lógica de Dios que con su misericordia abraza y acoge, reintegrando y transfigurando el mal en bien, la condena en salvación y la exclusión en anuncio”. En consecuencia –añade el Papa–, “el camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que lo piden con corazón sincero”. “Dios perdona siempre, Dios perdona todo, Dios no se cansa de perdonar. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón” (Discurso a los nuevos cardenales 25 de febrero de 2017). Así somos de estúpidos y orgullosos los hombres.

Oración:

Señor Jesús, Rey sin reino, incluso en el momento último de la cruz experimentas la ambigüedad del corazón humano. Unos te insultan y desprecian; otros te encuentran y confiesan. Unos te ignoran; otros te anuncian. Unos te siguen; otros te persiguen. Y a todos diriges tu mirada de compasión, Tu palabra de misericordia, Tu promesa de salvación.

Señor Jesús, acuérdate de mí, cuando me encierre en mi egoísmo; acuérdate de nosotros, cuando nos cerremos al perdón; acuérdate de aquellos que cierran los ojos para ignorarte y borrararte de la historia. Acuérdate de todos, cuando llegues a tu Reino.

TERCERA PALABRA

“Mujer, ahí tienes a tu hijo... hijo, ahí tienes a tu Madre”

(Jn 19,26-27)

En el colmo del sufrimiento, Jesús encuentra la mirada de María su madre. Es una mirada de indecible dolor y necesario aliento. No ejerció ningún protagonismo durante su vida pública, pero le ha seguido muy de cerca hasta la cruz. Ahora asiste impotente a la tortura del hijo de sus entrañas, ve al pueblo burlarse de él, sus ropas sorteadas, clavado a una cruz como un criminal... desnudo y desangrado. María se siente traspasada por la espada de dolor anunciada por Simeón. ¡Qué bien lo ha captado el pueblo cristiano en su devoción a la Madre dolorosa, Virgen de las angustias, Señora de la piedad!

María no huye como los demás. No tiene miedo como los demás. Ella permanece fiel y dolorida, junto a la cruz de su hijo. Con el valor de la madre, con la fidelidad de la madre, con el amor de la madre. «Bendita tú que has creído» (Lc 1,45), Virgen María. Precisamente por ser Madre fiel y creyente, Jesús te entrega a Juan, y en Juan a todos los discípulos de tu Hijo. Después de entregarse a sí mismo, Jesús entrega lo que más quiere, el único amor que le queda, se despoja de lo más íntimo de su corazón: la madre y los amigos, su verdadera familia de sangre y de fe. Al escuchar las palabras «ahí tienes a tu hijo», el corazón de María se inunda de inmensa ternura por el amor que revela una nueva maternidad. A la sombra de la cruz de Jesús, María se convierte en Madre de la Iglesia. Allí donde muere el Hijo, con mayúscula, nacen innumerables hijos con minúscula, y en el lugar de la muerte —el Calvario—, brota un manantial de vida, nace la Iglesia.

En María contemplamos la fidelidad del amor en los momentos duros del dolor y el sufrimiento; el consuelo silencioso de la madre cuando ya nadie sabe qué decir. La presencia materna al lado de la cruz de innumerables hijos, que son crucificados de modos diversos en cualquier rincón del mundo. En María contemplamos el dolor de las madres que lloran a un hijo humillado, herido, desaparecido o asesinado. María nos muestra un amor que sabe compartir el sufrimiento.

Oremos con el poema de Joaquín Luis Ortega titulado: EN TUS MANOS COBIJADO

Déjame, Soledad, que te acompañe,
pues grande, más que el mar, es tu quebranto.
Deja que la amargura de tu llanto
con mis manos la achique yo y la empañe.

Déjame, Soledad, que tu agonía
sea yo quien la viva y la padezca,
que, junto a ti, mi soledad merezca
el dulce alivio de tu compañía.

Recuerda, Soledad de soledades,
que fuiste confiada a mi cuidado
por tu Hijo en el trance de su muerte.

El me fió también a tus bondades.
Toma mis manos, Soledad doliente.
Yo me quedo en las tuyas cobijado

CUARTA PALABRA

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46)

La cuarta palabra de Jesús en la cruz nos resulta a primera vista escandalosa. ¿Cómo es posible que de la boca de Jesús haya salido una imprecación como ésta? Ahora, cuando más lo necesita, cuando se consume clavado en el madero de la cruz, Jesús se siente abandonado de todos. Jesús experimenta el abandono de su pueblo. Antes le había buscado para proclamarlo Rey, le había recibido exultante en Jerusalén... Ahora lo expulsa de la ciudad santa al lugar de la vergüenza. Colgado en una cruz, sujeto por los clavos, desnudo ante la gente, expuesto a la deshonra. Jesús es herido por la tortura física de su cuerpo y, sobre todo, ofendido en su dignidad. Ser ajusticiado en cruz suponía maldición de Dios, tal como enseñaba la ley judía: «Maldito todo aquel que cuelgue de un madero» (Dt 21,23).

El pueblo abandona a Jesús. Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿en qué te he ofendido? Respóndeme.

Jesús experimenta también el abandono de sus discípulos. Se fiaba de ellos porque los amaba. Eran su familia... pero le dejan solo. Le seguirán de lejos, marcados por la infidelidad y la cobardía. La pasión de Jesús es amistad traicionada. Judas ha transformado el beso de amor en signo de odio. Pedro tampoco está. Es víctima de su propia presunción. Se creía seguro, y ha fallado estrepitosamente. Pero cuando Pedro encuentre la mirada amorosa y perdonadora de Jesús, llorará amargamente. Lágrimas de humildad para ahogar su orgullo.

En esta extrema desolación, Jesús se dirige al Padre y grita el dolor de su abandono: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué soy entregado al horror de la muerte? ¿Por qué te siento ausente precisamente ahora cuando más te necesito? Es un grito de queja y angustia, no de desesperación. Jesús experimenta el silencio del Padre. Con esta lamentación del salmo 21, Jesús asume en sí al Israel sufriente, la humanidad que padece el desgarrar del dolor y el drama de la oscuridad de Dios. Es un diálogo íntimo entre el Padre eterno y el Hijo Encarnado. «No me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación» (Sal 26,9). En la cruz, Jesús manifiesta la fidelidad a un Dios que parece ausente e indiferente a nuestro dolor; que ama silencioso en el sufrimiento; que no se defiende en su respeto infinito al hombre.

Lope de Vega nos presta sus versos para orar:

"Con ánimo de hablarte en confianza,
con piedad, entré en el templo un día,
donde Cristo en la cruz resplandecía,
con el perdón que quien le mira alcanza.
Y aunque el amor, la fe y la esperanza
a la lengua pusieron osadía
acordéme que fue por culpa mía
y quisiera de mí tomar venganza.
Y me volvía sin decirle nada
y como vi la llaga del costado
paróse el alma en lágrimas bañada:
hablé, lloré y entré por aquel lado
porque no tiene Dios puerta cerrada
al corazón contrito y humillado."

QUINTA PALABRA

“Tengo sed” (Jn 19,28)

Jesús tiene sed de agua. Le duele el sol de mediodía que derrite en sueño la vida de Jerusalén en Pascua. Ha sangrado mucho. Abrasado, deshidratado por la pérdida de sangre y por el sudor, anhelaba que alguien le diese un poco de agua para apagar su terrible sed. Las mujeres solían llevar vino mezclado con mirra para aliviar los sufrimientos de los condenados. Pero Jesús no bebió el calmante (Mc 15,23). Tiene sed como cualquier agonizante, pero no le llega el agua del consuelo a su cuerpo....

Pocas cosas en verdad pidió Jesús en su vida. Sin embargo, pidió dos veces de beber. Pasaba por la región de Samaría hacia su tierra de Galilea. Estaba fatigado por el camino y el calor del mediodía, se sentó junto al pozo de Jacob y allí encontró a la samaritana. Sin conocerla, le suplicó: «Dame de beber». Y aquella mujer se extrañó sorprendida. ¿Cómo tú, hombre judío, me pides de beber a mí, mujer samaritana? Y se establece un diálogo insólito entre ambos, desde el respeto y la búsqueda de la verdad. La mujer da a beber a Jesús un agua que calma momentáneamente la sed; y Jesús promete un agua viva que calma la sed para siempre. Hablaba del don del Espíritu, que se convertirá en el cristiano en un manantial interior de gracia y de vida. La mujer creyó en él; y habló de él a todos sus paisanos; y muchos desde entonces siguieron a Jesús.

Ahora, al final de su vida, el Hijo de Dios e Hijo del hombre vuelve a manifestar su sed y pide de beber. Jesús manifiesta su sed al comienzo de su misión a una mujer samaritana y al final de su vida a un soldado romano. ¡Qué casualidad! Ambos extranjeros e impuros, es decir, odiados por el pueblo judío y considerados malditos de Dios. La sed de agua que padece Jesús es signo de otra sed más profunda: la sed de la verdad y la justicia, la sed de la libertad y de la dignidad, la sed del amor y de la vida. Jesús tiene sed de justicia para todas las víctimas inocentes. El misterio de la cruz de Cristo se prolonga en el dolor de quien es injustamente utilizado o rechazado. La cruz de Cristo pervive en el sufrimiento de pueblos sometidos a la llamada limpieza étnica y en las comunidades cristianas

víctimas de la persecución religiosa.

Jesús tiene sed de vida en una cultura de muerte. «Al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida» (Ap 21,6). Quien sigue a Cristo, cree en un Dios de vivos, no de muertos. Quien conoce a Cristo respeta la vida, que procede de Dios y es sagrada. Quien cree en Cristo entrega la vida para dar vida a los demás.

Jesús tiene sed de fe y de amor en la sociedad del bienestar. El hombre orgulloso de occidente, cansado de creer, ya no cree en nada y piensa que puede prescindir de todas las religiones. Crece la indiferencia por doquier. Pero este nuevo paganismo encierra un peligro bien patente: quien niega a Dios acaba negando al hombre y pisoteando sus derechos.

Jesús sigue teniendo sed. Santa Teresa de Calcuta, la monja menudita, encorvada y con el rostro surcado de arrugas, fue una llamada vibrante del amor de Dios a la humanidad doliente. Su cercanía a los más pobres de entre los pobres tocó el corazón del mundo. Pues bien, «el “tengo sed” de Cristo en la cruz y el “dame de beber” que pidió la samaritana se convirtieron en lema y en obligada respuesta al evangelio» (J. A. Carro Celada, en: Nuevo Año Cristiano, 5 de septiembre, pp. 90-91). Teresa escuchó el clamor de Jesús en la cruz que se dejaba oír en muchas personas tiradas en las calles. Cuando San Juan Pablo II llegó en 1986 al refugio para moribundos que había abierto Teresa de Calcuta en 1954, dijo conmovido: «Es un lugar de esperanza, es un sitio que confiere dignidad a todo ser humano». La humanidad agradeció el servicio precioso a los pobres otorgando a Madre Teresa de Calcuta el Premio Nobel de la Paz; y la Iglesia con la canonización ha reconocido en ella a una discípula fiel de Jesucristo sediento en la cruz.

Oración:

Hoy rezamos con la Madre Teresa la oración que dejó escrita para que la rezaran diariamente las Hermanas Misioneras de la Caridad que ella fundó: «Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros semejantes de todo el mundo que viven y mueren en medio de la pobreza y el hambre. Dales hoy, a través de nuestras manos, el pan de cada día y, junto con nuestro amor y comprensión, dales paz y alegría».

SEXTA PALABRA

“Todo está cumplido” (Jn 19,30)

Llega, Señor, el fin de tus luchas y tus fatigas, puedes decir: "Todo está cumplido". Desde la cuna a la cruz, las mismas palabras: Padre, hágase tu voluntad. Porque el fin es el cumplimiento, porque acabar con fidelidad y con amor es la apoteosis. Tu declinar, oh Cristo, es tu victoria. ¿Cuándo entenderemos esta ley de tu vida y de la nuestra, como seguidores tuyos? Lo que hace de la muerte, vida; de la negación de sí, conquista; de la pobreza, riqueza; del dolor, gracia.

Llevaste todo a plenitud. Has cumplido a la perfección la misión que el Padre te encomendó. El cáliz que no debía pasar de largo, lo has apurado. Hacer la voluntad del Padre ha sido tu comida y tu bebida. Entraste en el mundo pronunciando: "He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hb 10,9) y lo dejas confirmando: "Todo está cumplido" (Jn 19,30). Ha cumplido plenamente la misión que el Padre le había confiado. La fidelidad paga con felicidad auténtica. La fe en Jesucristo es como la clave para comprender la historia de Dios con la humanidad, con cada uno de nosotros. Ha subido al leño cargado con el pecado de todos y podemos mirar al que traspasaron con gratitud y esperanza. Esto es lo que intentó enseñarnos durante su última Cena. Al repartir el pan y la copa de vino, Jesús lo presentó como su Cuerpo entregado y su Sangre derramada. Los discípulos no entendían nada; pero Jesús ya les advirtió que lo entenderían más tarde. ¿Cuándo? En el Calvario. Jesús anticipó en este gesto el sacrificio de su propia entrega culminado en la cruz y constantemente actualizado en la eucaristía.

Pero hubo un gesto más. Nos lo relata el evangelista Juan y ayer tarde lo renovábamos en nuestras iglesias. Durante la cena, «sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo». ¿Cómo? Se puso a lavar los pies a los discípulos. Y, ¿qué importancia tiene eso? Pues en la época de Jesús este oficio estaba reservado exclusivamente a los esclavos. Jesús se pone, una vez más, en el lugar de los esclavos y Pedro no lo puede consentir. ¡Cómo el

Maestro y el Señor va a hacer este servicio tan indigno! Pero Jesús lo impone como gesto característico de sus discípulos. Sólo entonces y por este motivo acepta Pedro. Después, Jesús vuelve al lugar presidencial de la mesa y como buen maestro les pregunta si han comprendido la lección: “¿Habéis entendido lo que he hecho con vosotros?”. Y concluye: «Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo». Celebrar la eucaristía supone estar dispuesto a lavar los pies, como gesto de amor. Ser discípulo de Cristo significa estar dispuesto a entregar la vida, a ser Cuerpo entregado y Sangre derramada para servir con humildad a los otros. «Sólo quien tiene una razón por la que merece la pena dar la vida, tiene también una razón por la que merece la pena vivir» (Enzo Bianchi).

D. Francisco de Quevedo y Villegas nos ha dejado este poema que nos sirve de oración:

TENGO SED

Dice que tiene sed siendo bebida,
a voz de amor y de misterios llena,
ayer bebida se ofreció en la cena,
hoy tiene sed de muerte quien es vida.

La mano a su dolor descomedida,
no sólo esponja con vinagre ordena,
antes con hiel la esponja le envenena,
en caña ya en el centro escarnecida.

La paloma sin hiel que le acompaña,
a su Hijo en la boca vió con ella,
y sangre y llanto al uno y otro baña.

Perla que llora en una y otra estrella,
le ofrece en recompensa de la caña,
cuando gustó la hiel, que bebió de ella.

SÉPTIMA PALABRA

“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,44)

¿Qué es lo que te ha conducido a la muerte, Jesús? ¿El destino ciego? ¿La naturaleza cruel? ¿Unos hombres malvados? Nosotros, incrédulos, queremos pensar en alguna de estas causas. Pero tú nos descubres que, por muy paradójico que parezca, es Dios, tu Padre, quien en sus designios misteriosos te ha llevado a este trágico final. Y tú, en vez de rebelarte, te encomiendas a esas manos benditas e invisibles de Dios Padre diciendo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu".

Y una vez que te has abandonado en las manos del Padre experimentas que esas manos te sostienen segura y cuidadosamente. Son como las manos de una madre.

Acogen tu alma tan delicadamente como un pajarillo que se alberga entre las manos. Nada tiene de peso. Todo es luz y gracia. Todo es seguridad al amparo del corazón de Dios, donde la pena se puede desahogar en llanto y el Padre seca las lágrimas de las mejillas del hijo con un beso. "En las manos que han sido taladradas; en las manos que se han abierto para acoger y bendecir, en esas manos por las que pasa un amor tan grande, es confortador entregar el espíritu" dijo T. de Chardin.

Mientras Jesús luchaba entre la vida y la muerte, los personajes de aquella escena evangélica están ajenos a este momento trascendental. La mayoría del pueblo curioso se había marchado urgido por preparar la solemnidad que comenzaba esa misma tarde. Nada se dice de los discípulos, a excepción de Juan. Tan sólo se menciona a las mujeres del grupo de Jesús, que observan desde lejos esperando fieles.

Estarán presentes en su entierro y serán los primeros testigos de su resurrección. Los soldados aguardan impasibles para certificar el cumplimiento de la condena. Y se aseguran de la muerte de Jesús con la lanzada que atravesó su pecho. Sin embargo, sorprende la reacción del centurión romano que ha presenciado toda la escena. Ha escuchado sus palabras y ha observado su actitud; ha oído hablar de perdón y ha presenciado la promesa a uno de los malhechores; le ha visto orar y no devolver las injurias recibidas.

Tras su muerte, el centurión atónito exclama: «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios». ¿Qué ha contemplado este hombre para decir esto? ¿Qué ha visto en este Crucificado que no viera en los demás?

El testimonio de un hombre justo; el ejemplo supremo del verdadero amor. Este es el hombre. Ecce homo. Ecce filius Dei, este es el Hijo de Dios.

Cristo confía y permanece fiel a Dios hasta el final. Es el misterio prolongado en tantos mártires de Cristo presentes en todos los momentos de la historia. Mártires que se debaten entre la seducción y la persecución de este mundo.

Primeramente el mundo te seduce con halagos y alabanzas para ganarte a sus criterios, para usarte a su antojo y manipularte según el propio interés. Pero si te opones y contradices lo más mínimo sus planteamientos, pasas inmediatamente a ser perseguido.

Es decir, ha comenzado tu pasión, tu personal abandono y martirio.

Hay personas que por fidelidad a la fe están sufriendo en este momento como los cristianos coptos de Egipto masacrados durante su celebración de la Navidad. Quiero recordar también a los que son torturados actualmente en las cárceles de China. Son mártires que nos enseñan a decir un “sí” sin condiciones al amor por el Señor; y un “no” a los halagos y componendas injustas con el fin de salvar la vida o gozar de un poco de tranquilidad. No se trata sólo de heroísmo, sino sobre todo de fidelidad.

Desde Cristo muerto y resucitado la muerte no es pérdida sino ganancia. Se ha convertido en un paso hacia lo que no pasa. Escribe un antiguo Padre de la Iglesia: «Él tomó sobre sí los sufrimientos del hombre sufriendo mediante su cuerpo capaz de sufrir, pero con el Espíritu que no podía morir, Cristo ha dado muerte a la muerte que mataba al hombre».

Y subraya San Juan Crisóstomo: «Es cierto, nosotros morimos también como antes pero no permanecemos en la muerte: y esto no es morir. El poder y la fuerza real de la muerte es solamente eso: que un muerto no tenga ninguna posibilidad de volver a la vida. Pero si después de la muerte recibe de nuevo la vida y, más todavía, se le da una vida mejor, entonces esta ya no es muerte, sino un sueño».

Ante Jesús que en la cruz nos ha enseñado el más grande amor, repitamos poniendo toda el alma en nuestros labios, el maravilloso soneto de nuestro siglo de oro que seguramente aprendimos de niños:

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno, tan temido,
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muévame, al fin, tu amor y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Oración:

Al contemplar la muerte de Cristo, no hay más palabras ni comentarios. Oramos con los versos del místico castellano San Juan de la Cruz, que pasó gran parte de su vida en tierras vallisoletanas, también en esta ciudad. En ellos describe su abandono absoluto en Dios, la confianza extrema en las noches de la fe, la experiencia sublime del amor cristiano: “Quedeme y olvideme, el rostro recliné sobre el Amado. / Cesó todo y dejeme, /dejando mi cuidado / entre las azucenas olvidado”.

Epílogo

Era la hora nona cuando murió Jesús; hacia las tres de la tarde, después de seis horas expuesto al cruel dolor de la cruz. Fue depositado en un sepulcro cercano con el llanto de algunos de sus fieles. Nadie sospechaba el milagro de su resurrección. Igual que el grano de trigo es sembrado en la tierra y tras la espera silenciosa del invierno aparece vivo y transformado en la espiga de primavera, así resucitó Cristo de la oscuridad de la muerte. Este es el milagro que admira cada año el labrador. Este es el misterio que celebra cada año el cristiano. Jesús ha vivido su pasión y muerte como paso a la resurrección. En el lugar de la muerte ha resurgido la vida. La cruz y la resurrección son inseparables. Son dos caras de la misma moneda. Su pasión y su muerte son el precio de la pascua, de la victoria de Cristo sobre todo mal que oprime al hombre. La cruz levantada el Viernes Santo se prolonga en el Cirio levantado en la Vigilia pascual. Pero la cruz, hermanos, se ha convertido en luz. Y este es el misterio que vivimos cada año y cada día. Toda la vida es gloria y cruz. Todos los días vivimos muerte y resurrección. Pero sabemos que la última palabra no la tiene el mal, el pecado o la muerte, sino el bien y la vida. La última palabra es de Dios. “Verdaderamente este era el Hijo de Dios”, son las palabras del centurión pagano que escuchó las siete palabras de Jesús con el corazón más que con sus oídos y terminó confesando a Jesús como el Hijo de Dios. Que nosotros volvamos a nuestras casas con una fe más viva, con una fe más comprometida, dispuestos a anunciar con entusiasmo el perdón, el amor del Crucificado que ha resucitado.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**



Sermón de las Siete Palabras

Excmo. y Rvdmo. Sr. D Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Viernes Santo 30 de marzo de 2018

A.M.D.G.

